

Retiro n. 68 – 31 diciembre 1964

FIN DE AÑO

Termina un año especialísimo para nosotros por cuantas cosas han ocurrido. Cada uno puede abundar, al recordar lo que más le haya llevado a Dios nuestro Señor, lo que más le haya impresionado, el acontecimiento que más le haya movido. A mí se me ocurre presentar unas cuantas ideas sueltas que pueden ser motivo especial de meditación, de oración y de examen.

La idea del tiempo, puesto que se acaba esta noche una parte de ese tiempo que hemos llamado (2020). Y cuando decimos que se acaba, la idea sale a flote espontánea para convertirla en oración: que nos dé el Señor tiempo de arrepentimiento, tiempo para alcanzar la perfección y santidad; para que nos perdone el tiempo que hemos perdido... Y un examen serio, al recordarnos los minutos o las horas, o quizás los días o semanas que se han esfumado tonta, necia, ridículamente en (2020).

Tiempo que se esfuma, tiempo que acaba; tiempo que comienza. Nosotros seguimos recorriendo el tiempo; o, mejor dicho, el tiempo va pasando por nosotros y para nosotros. La idea del tiempo. Cada uno medite sobre ello, según el Señor le haga sentir. A mí me impresiona mucho la idea del tiempo. Pero, así considerado: como una parte que se acaba. Y como idea inmediata, la de la muerte, porque entonces es cuando se termina todo el tiempo, cuando ya no hay más tiempo. La muerte es el límite del tiempo con la eternidad.

Discurrimos sobre este fin del año (2020) como un año menos de vida que nos queda en la tierra; y es un año más de vida que tenemos en la suma de los que llevamos ya vividos; es un tiempo que comienza, que nos aproxima a un final.

La idea del tiempo en esta meditación nos lleva como de la mano a la idea de la santidad, por muchas razones. El tiempo del año (2020) quizá no haya sido aprovechado tanto cuanto debiera haberlo sido en orden a la santidad. Se impone entonces la compensación, la reparación, un esfuerzo generoso para que en el año (2021), se adelante lo más posible en santidad y perfección.

La santidad, al fin y al cabo, hay que trabajarla en el tiempo; porque ya no se puede ser más santo cuando llegue la muerte; porque, al fin y al cabo, el tiempo, la vida, se nos ha dado en esta tierra para ser santos. Y nunca mejor que un fin de año para recordar esta gran verdad: la santidad hay que trabajarla en la vida.

La vida es un tiempo que pasa. (2020) se hunde para siempre, se termina, pasando al campo de la historia. Pero ese año, el Señor nos lo dio para ser perfectos, para ser santos. Gracias concedidas, luces, mociones, todo eso a lo que antes me refería: todo eso atañe a la historia que hemos vivido este año (2020).

El tiempo es para ser santos. Entonces, hay que aprovecharlo para serlo de primera magnitud y entrar en el cielo "por la puerta grande". Luego, también la idea del cielo se impone forzosamente esta noche, y con gozo y alegría inmensa. De igual forma que se acabó el (2020), se acabarán todos cuantos años Dios nos conceda; y en el año que no sabemos –algún año habrá que no terminemos o que no empecemos–, habremos muerto.

¿Veis? Entonces, solo merece la pena tener como presentación ante el tribunal del Señor no el tiempo que ha acabado, sino el tiempo que hemos aprovechado, o sea, tantas cuantas obras buenas hayamos hecho.

Todo se acabará, como se acaba esta noche el año (2020), dando paso al nuevo año (2021). Es un año más que tenemos de vida, en cuanto a la vida vivida, pero un año menos en cuanto a la vida que nos resta por vivir. Lo cual quiere decir que nuestra vida nos acerca al cielo, a la patria de los escogidos, de predestinados –confiando en la misericordia del Señor–, que es también nuestra patria y nuestro "reino" eterno. Nuestro cielo.

Y ya de la mano de la idea de la santidad, la muerte y el tiempo, la idea que necesariamente se impone en estas horas inmediatas a un año nuevo es la idea de la renovación.

Hay que renovarse. Se prestan como nunca esta tarde y esta noche a una reflexión muy seria sobre nuestra propia renovación espiritual. Tenemos que mejorar. Tenemos que perfeccionarnos. La idea de fin de año es en el fondo, la idea del cielo que se aproxima. Pero ahí hay que llegar, precisamente, renovando nuestra vida en el tiempo que el Señor nos conceda.

Ser más buenos, más sencillos, más humildes, más comprensivos, más misericordiosos, más caritativos, más suaves y dulces en el trato; más y mejor cumplidores de nuestros deberes; más perfección en la misión encomendada; más delicadeza en el trato con el Señor, más intimidad con el Esposo. Hay que renovarlo todo: renovar el espíritu, que anima nuestra vida; renovar nuestra vida, conjunto de actos; renovar nuestros actos con sanas intenciones; renovar nuestras intenciones por puro amor; renovar nuestro amor, purificándolo de todo lo que pudiera mancharlo. Renovar, renovar, renovar. Y así alcanzar la santidad, y ésta nos garantiza el cielo, que vendrá después de la muerte, cuando el tiempo se haya acabado para nosotros.

¿Veis, cómo estas ideas sueltas nos vienen perfectamente bien para meditarlas en un retiro final del año? Claro que son siempre aptas y prácticas en cualquier momento del año, pero no sé qué fuerza especial tiene el fin del año que realmente nos obliga a pensarlas mucho más seriamente.

Estas ideas traen consigo la idea de Dios. Porque Dios es el que gobierna el tiempo; Dios es el que marca el final del tiempo respecto a nuestra vida y a nuestra muerte; Dios es el que nos da la gracia de la santidad; Dios será nuestro cielo, mediante esta renovación que ahora proponemos emprender, y que es una gran gracia de Dios Nuestro Señor. Dios, con toda su grandiosidad majestuosa, con toda su trascendencia eterna, por encima del tiempo, por encima de la muerte: Dios que es la vida, la santidad por esencia, el cielo eterno, por encima de un cielo "fabricado" –vamos a decirlo así... ¡La idea de Dios está dominando como nunca en esta tarde y en esta noche final de un año que acaba!

¡Gracias a Jesucristo! "Per Dominum nostrum Iesum Christum Filium tuum", podemos decir al Padre. Jesucristo, que es el que ha hecho posible que la vida sea provechosa en orden a nuestra santidad, por la gracia que Él nos conquistó en el Calvario; el que ha hecho posible una renovación de nuestro espíritu con la oración, los sacramentos, la vida litúrgica; el que ha hecho posible que entremos por la "puerta grande" del cielo, porque fue el primero que entró, en la Ascensión, abriéndola con sus méritos infinitos obtenidos con su vida, pasión y muerte... La idea de Jesucristo se impone al fin del año, precisamente porque es un momento en el que, empapados en la contemplación de Cristo recién nacido, se nos hace más presente esa "humanidad" y esa "benignidad" de que nos hablaba San Pablo en la epístola de estos días finales del año, octava de Navidad (Tt 3,4).

Y la idea de la Virgen, que dio el consentimiento para ser Madre de este Hijo, "fruto bendito de su vientre" cuyo nacimiento en el Portal de Belén lo estamos celebrando estos días. La Virgen Madre, Madre de este Cuerpo místico (de lo cual tengo muchas ganas de hablar, porque es una realidad de importancia aplastante en la Iglesia)¹. La Virgen, Madre de Cristo Sacerdote, Madre nuestra especial, podemos decir, por ser almas sacerdotales.

Cuántas ideas, objeto de meditación reflexiva, objeto de oración fervorosa, objeto de examen exigente. Y terminar el retiro cuando, al tiempo de la celebración de la Santa Misa, se abra de par en par el año (2021), y la comunión eucarística nos estreche en abrazo con ese Cristo y ese Dios, Hijo de María, que nos ha de juzgar al final de la vida, cuando se acabe el tiempo para nosotros; el que nos llevará al cielo, cuando estemos identificados con Él...

¡La renovación de nuestro espíritu! ¡La renovación de nuestra vida! ¡La renovación de todo nuestro ser, como ofrenda limpia y blanca, transparente, agradable al Padre, en la patena del año (2021),

Tenemos que terminar dando gracias al señor por cuantas nos ha concedido en el (20) y nos concederá -no lo dudemos- en el (21). Gracias fervorosas, pero empapadas en lágrimas de dolor y arrepentimiento, por cuanto tiempo perdimos en el (20), con el propósito de repararlo en el (21). Gracias y dolor que no son más que amor. Porque amamos, nos dolemos de no haber amado lo suficiente en el (20), habiéndonos el Señor amado de una manera siempre "a lo Dios", con locura inconcebible de amor,

Que podamos dar al Señor la alegría de que terminamos santamente el año y santamente comenzamos el Año Nuevo. Con el deseo de que, por su gracia y con su gracia, se cumpla en nosotros aquello de: "Año nuevo, vida nueva". Que así sea.

¹ Se refiere a la proclamación de María como Madre de la Iglesia por el Papa S. Pablo VI en diciembre de 1964.